

# REVISTA DE LA FACULTAD DE MEDICINA

VOL. XII

Bogotá, enero de 1944

N.º 7

EDIFICIO DE LA FACULTAD DE MEDICINA - APARTADO 400

## DIRECTOR

Prof. MARCO A. IRIARTE  
Decano de la Facultad

## COMITE DE REDACCION

Prof. Luis Patiño-Camargo  
Prof. Jorge Bejarano  
Prof. Santiago Triana Cortés

## DE NUESTRA HISTORIA CIENTIFICA

### INFLUENCIA DE LA ESCUELA FRANCESA EN LA MEDICINA COLOMBIANA

*Conferencia dictada por el Profesor Jorge Bejarano en la Alianza Colombo-francesa.*

Señoras, señores: La expresión francesa "embarras du choix", adquiere todo su exacto valor, toda su significación, al decir que para hacer una disertación sobre Francia, se siente inmensa peregrinidad para escoger el tema.

Francia política; Francia espiritual; Francia cuna de la libertad; Francia artística; Francia científica; Francia heroica; Francia, madre inmortal, podrían servirme de tema para esta charla con que se inician las labores de la Alianza Colombo-francesa. Pero todos estos aspectos de la gran nación latina, han sido muy trillados y son de sobra conocidos.

Me restaría quizás, hablar de los grandes genios de la ciencia francesa, al frente de los cuales yo colocaría a Pasteur. Pero sus biógrafos, entre los cuales descuella su biznieto Pasteur Valery Radot, el cinematógrafo mismo, nos han dado del hombre y del sabio, la más exacta pintura. Además, el mundo entero, le rindió en 1922, un homenaje universal cuando se conmemoraba el centenario de su natalicio. Los siglos pasarán, pero no habrá olvido ni sombras sobre las excelsas figuras de Cristo, Bolívar y Pasteur. La Ciencia hará más conquistas en el reino de lo invisible; pero eternos serán los descubrimientos que en su campo hizo Pasteur. La humanidad continuará siempre desfilando con reverencia y gratitud, ante las tumbas de estos tres hombres que componen el tríplico de la ciencia, la bondad y la libertad.

Fácil sería entonces apelar a otros temas, a otras figuras de la ciencia, que aun cuando no francesas, se pusieron bajo el cobijo de su bandera y de su amor y honraron con ella a la humanidad. Y desde luego, ninguna más apasionante que la historia y la vida de esa gran mujer, Madame Curie, cuyo mejor biógrafo es, sin duda

alguna, su propia hija que en páginas de sin igual realidad, refiere la vida de su madre.

Sea porque tuve el privilegio y la emoción de conocer en el instituto de Radium de París a esta excelsa mujer; sea porque en sus retratos como en su figura misma había algo de inefable y misterioso, es lo cierto que María Skoladowska, hija de un notable profesor polonés, ejerce en mi espíritu algo indefinible y atrayente que me lleva a no perder este momento para decir toda mi admiración a esta gran mujer que llena con su fama el final del siglo pasado y también una parte del presente.

En qué forma será posible hablar de esta mujer maravillosa, la más ilustre del mundo universo, la más grande de todos los tiempos? Cuando hace diez años el mundo científico se conmovía a su muerte, todo cuanto hay de más ilustre en la tierra, desde lo lírico hasta lo épico, alabó y cantó su gloria para fijar la más hermosa figura de mujer cuya belleza adorna la humanidad. María Skoladowska nació en Varsovia pero vivió en la Sorbona, confundió su vida con la de Pierre Curie y pudo así incorporarse al tesoro científico y espiritual de Francia. Vive ahora entre los inmortales de este gran país, de cuyo ingenio y sabiduría se contagió María Skoladowska.

La leyenda de la joven estudiante polaca en punzante lucha con la pobreza y persiguiendo la ciencia con coraje sobrehumano, sobre-femenino podríamos decir, si no supiéramos que de valentía, perseverancia y abnegación las mujeres son nuestros maestros, aquella leyenda digo, pone una aureola en la frente de nuestra heroína, cuya vida se encuentra de improviso ante una encrucijada: elegir entre una situación deslumbrante, con magnífico sueldo o el modesto empleo que abona casi la miseria pero que abre a la joven sabia las puertas de su sueño dorado, esto es las de un laboratorio de investigaciones. Aquí preparó su doctorado con una tesis que era su iniciación en el vasto dominio de la ciencia de las sustancias radio-activas. Aquí también supo de la radio-actividad del amor. Aquí conoció a Pierre Curie, modesto sabio con quien enlazó su vida para fundir en uno solo su nombre; con quien formó un todo armonioso y de quien tuvo descendientes que pregonan después de desaparecidos, el genio de aquellos amantes que irradian e irradiarán amor y ciencia de la misma manera que irradia siempre un fluido misterioso, la mágica sustancia que ellos arrancaron al secreto y avaricia de la tierra.

Maurice de Fleury, el insigne médico y escritor francés, escribía entonces una página hermosa sobre el descubrimiento de los Curie. No puedo menos de transcribir la esencia de su pensamiento, aprisionada en estas breves líneas. "Así como Dios sacó el mundo del caos —escribe él— Pedro y María Curie han arrancado de la

materia más vil, de lo más insignificante del mineral grosero, esa pequeña maravilla, esa fuerza nueva que trae a los hombres todo un mundo de nociones insospechadas sobre la materia atómica y la energía inter-atómica”.

Como puede colegirse de estos breves rasgos, Pedro y María Curie, positivas glorias de Francia, podrían haberme conducido a escribir sobre sus nombres. Pero guardemos silencio hasta el día en que nuestro Instituto de Radium, esculpa en sus puertas como el gran Instituto de Química de Cantón, en el estado de New York, el fino cuerpo y las facciones llenas de bondad de esta mujer maravillosa que fue imagen de la ciencia y del amor infinito a ella.

Entonces hay un rico filón que explotar para dar a esta charla que desecha motivos tan singulares como los que he enunciado, todo el interés que parece traducirse del título de ella. “Influencia de la escuela francesa en la medicina colombiana”, es un tema de ayer y de hoy, es evocación grata a mi espíritu formado en las disciplinas de una ciencia cuyo molde fue traído hasta nosotros por los maestros que nos guiaron. Este tema es un coloquio con vivos y con muertos; es un análisis de lo que nuestros maestros nos dijeron y enseñaron.

Cuando en el año de 1908 llegué una mañana al alegre claustro de Santa Inés, cuyas arcadas denunciaban su origen conventual, dos cosas se fijaron indeleblemente en mi memoria. Una fue encontrar como compañeros de mi carrera a viejos condiscípulos con quienes en Popayán y en Santa Librada había compartido las alegrías y angustias de los estudios secundarios. Otra fue hallar al subir la escalinata que conducía a la rectoría, la figura muy francesa y muy nerviosa de un hombre que vestía correcto sacoleva y reluciente sombrero de alta copa. No supe sino minutos después que aquel personaje era nada menos que el profesor Luis Felipe Calderón, rector de la facultad en ese entonces y protector, más tarde, de este agradecido discípulo suyo, que no hizo otra cosa que seguir con cariño infinito la vida de ese gran médico, espejo de maestros y de amigos.

Por aquel entonces ya habían regresado o comenzado a regresar a su patria, los jóvenes médicos que habían salido de ella a perfeccionar sus estudios en París, cuando nuestra última guerra civil o a los finales de ésta. Eran ellos Luis Felipe Calderón, Roberto Franco, Luis Zea Uribe, Zoilo Cuéllar Durán, Eliseo Montaña, Nicolás Buendía Herrera, Julio Manrique, Rafael Ucrós, Pompilio Martínez, Miguel A. Rueda, Carlos Esguerra, Guillermo Gómez, Martín Camacho, Ramón Alvarez Durán, Juan B. Montoya y Flórez.

Algunos habían casi repetido sus estudios en la vieja facultad de la “Rue de l'Ecole”; otros habían seguido apenas cursos de per-

feccionamiento. Pero lo que sí podía advertirse en todos era la visible influencia que en ellos había tenido la escuela de los maestros franceses. Y ¿cómo no sufrirla si ellos tuvieron el privilegio de oír y conocer a maestros como Laveran, Calmete, Hallopeau, Comby, Blanchart, Farabeuf y Poirier, Richet, Dieulafoy, Widál, Pinard, Brouardel y Vibert, Reclus, Ribemon Dessaigues, Potain, Albarran, Roux, Gosset, Guyon, Babinsky, Pierre Marie, Metchnikof, Fournier, Nicolle, Leguen, Brumpt, Le Dantec, Marfan, Jeanselme, Chantemesse, Le Dantu y cien más profesores célebres que hacia fines del siglo XIX atraían a París a las juventudes médicas de todo el orbe? Pocas veces podría verse reunida una conjunción mayor de astros en el firmamento de la medicina. Todavía hoy en nuestros días, ellos son para nosotros principios normativos en la clínica; en la pediatría; en la dermatología; en la cirugía; en la ginecología y obstetricia; en la neuro-psiquiatría; en la medicina tropical; en la urología y la medicina forense.

¿Cómo escapar a esa influencia ellos y nosotros, si la historia de Colombia está jaloneada por la participación de figuras médicas francesas en el cumplimiento de hechos trascendentales? No fue acaso Alejandro Próspero Reverend, médico francés establecido en Santa Marta, quien cuidó al Padre de la Libertad, Simón Bolívar, en su última enfermedad? No fueron sus manos las que cerraron esos ojos cansados de ver tanta gloria y de ver desfilar los corceles de la victoria?

Francisco de Paula Santander, vicepresidente de la Gran Colombia y fundador de la Universidad, trajo la primera misión de médicos franceses para dar impulso en nuestro país a los estudios médicos. Así vinieron a dictar las cátedras de anatomía descriptiva, cirugía, anatomía patológica, los doctores Pablo Broc, Bernardo Dast y Eugenio Rampont. El presidente Tomás Cipriano de Mosquera trae al profesor Levy como químico para el Laboratorio Nacional de Química y con el sabio Humboldt viene también a tierras de Colombia el físico y naturalista Aimet Bomplant que realiza con el gran sabio estudios admirables en nuestro suelo. Ya en nuestros días, la Facultad de Medicina de Bogotá recibe la visita de ilustres profesores franceses. Cuneo, Regaud, Roger, Durand, Latarget, Tavernier y Abadie, han sido otros nuevos eslabones que han unido nuestra facultad a la escuela francesa.

En los finales del siglo XIX, la guerra civil desencadenada sobre nuestro suelo al grito revolucionario e inconforme de la juventud liberal de aquella época, hizo que nuestra facultad de medicina se cerrase. Abierta nuevamente, no sólo se sintió el efecto de la indisciplina de una guerra, sino que la independencia y libertad de su pensamiento sufrían mengua porque era preciso jurar determi-

nadas creencias para poder ser ante el ministerio de educación, digno del título de profesor.

En lamentable confusión y caos, se halló hasta la época del presidente Reyes, quien entre las primeras cosas que entrevió con su visión de estadista, fue restituir a la Facultad su pristino brillo y disciplina. No podría negarse que el general Reyes devolvió a nuestra escuela médica toda su prestancia; que la miró con simpatía e interés, como la han visto y la verán los mandatarios que saben que la formación médica debe rodearse de severidad y abundancia y que la medicina es acaso lo más primordial y lo más selecto que debe tener un país. Por una ironía de la vida, fue de la facultad de medicina de donde salió, años más tarde, el grupo de muchachos que debían echar al suelo el fragil andamiaje de la dictadura que se iniciaba. Nuestra facultad fue la matriz donde se gestó el histórico 13 de marzo, como ha sido también en otros países de América la genitora de movimientos liberadores.

Reyes tuvo el acierto de encargar las riendas de nuestro instituto al profesor Luis Felipe Calderón, quien a la sazón había regresado de París.

Fue entonces cuando comenzó a dibujarse con perfiles fuertes, la influencia francesa en los estudios médicos. De Europa habían regresado los profesionales que antes enumeraba. Todos traían fresco el recuerdo de las grandes figuras de la medicina francesa de fines del siglo XIX. Los que habían buscado la cirugía, introducían a nosotros la elegancia, la audacia y la habilidad de los maestros franceses que habían seguido. Así surgían el bisturí milagroso de Pompilio Martínez, Zoilo Cuéllar y Rafael Ucrós. Fueron ellos mis maestros y nunca podré olvidar las recias virtudes que los adornaron como cirujanos, ni la precisión y ciencia como hicieron el diagnóstico de la dolencia que trataron con el acto quirúrgico. Cuando años después, tuve la suerte de visitar París; de conocer sus hospitales y admirar sus cirujanos, no hice otra cosa que evocar la figura de mis maestros que en forma tan exacta trajeron hasta nosotros este arte maravilloso de la cirugía. Lardenois, Jean Louis Faure, Gosset, Mondor, Lescéne, Duval, de Martel que por esta época conocían en París dilatada fama, estaban bien representados aquí por cirujanos como Martínez, Cuéllar y Ucrós.

La influencia que tuvo la escuela quirúrgica francesa en nuestros maestros de Bogotá, no podría ponerse en duda porque ellos no sólo la habían bebido en las páginas maravillosas de las obras de consulta, sino que la habían vivido en las salas operatorias de los hospitales franceses. De allá importaron también los elementos para realizarlas y el medio adecuado para trabajar en una atmósfera y en un ambiente que por cierto era bien distinto del medio familiar y hospitalario en que antes se trabajó.



Este ambiente lo creó un médico de grata recordación, un amigo mío de los mejores quilates; un profesional que ejerció con brillo la cirugía y que sólo la dejó cuando materialmente la dolencia cardíaca que padecía, agotó su caudalosa energía y su brillante iniciativa. Ese cirujano fue Manuel Vicente Peña, el primero en traernos de Francia los Rayos X y los guantes; el primero en introducir de allá mismo la mesa quirúrgica de múltiples posiciones; el primero en fin en importar de la vieja y reputada Casa Collin, su material insuperable, en el que a la elegancia del instrumento se sumaba su calidad extraordinaria. La Casa Collin, digámoslo aquí, tiene derecho a la gratitud inmarcesible de nuestros cirujanos, porque es indudable que a la calidad del instrumento y del material, débese también en gran parte el éxito quirúrgico. Manuel Vicente Peña fue, pues, un pionero de la cirugía entre nosotros y si evoco ahora su recuerdo, es porque él está ligado a esta afortunada impregnación que en los dominios de la cirugía hizo también entre nosotros la escuela francesa.

Pero en nada fue tan notoria esta influencia; en ninguna otra cosa adquirió tan precisos caracteres, tan peculiar sello, como en la formación de nuestros clínicos. Aun los que no fueron a Francia, escaparon a su influjo. El maestro Lombana Barreneche parecía una estampa arrancada al pequeño anfiteatro de la escuela de París. Lo fue en lo físico como en lo espiritual. Platón y Trousseau eran sus manuales favoritos y el viejo y sagaz clínico, estaba también doblado del filósofo, a la manera de los grandes clínicos franceses.

Como Lombana Barreneche, fueron también clínicos y maestros al estilo francés, Luis Felipe Calderón, Nicolás Buendía, Miguel A. Rueda A., Julio Manrique, Eliseo Montaña, Carlos Esguerra. Las lecciones que dictaban, tenían todo lo grato y ameno de las lecciones de los profesores franceses. Elocuencia; método en la disertación; sistema para impresionar la mente de los discípulos. Mucho se ha criticado por algunas escuelas, la técnica de la enseñanza clínica francesa, calificándola de poco práctica y de muy adornada por la oratoria. Pero es lo cierto que al alma y al oído de nosotros los latinos, esa música de las palabras nos enseña más y nos impresiona más que la expresión árida y fría.

Pero es a la clínica francesa a la que nuestra facultad debe la formación de sus médicos con capacidad clínica, es decir con esa sagacidad y visión que le hace confiar la comprobación de su diagnóstico al laboratorio, cuando ya él lo tiene bien avanzado sin ese recurso. "La clínica fue antes que el laboratorio", reza una vieja sentencia de origen francés que ha servido para que no abandonemos ni la inteligencia, ni el análisis ni la sagacidad ni los conoci-

mientos de la patología para confiarlos a la mecánica fría y a veces conturbadora, del resultado del laboratorio.

Pero si la influencia de la escuela francesa fue nítida y acentuada en la cirugía y en la clínica, más lo fue todavía en la creación de la clínica tropical. De allá nos venía su más alto representante, el discípulo dilecto de Laveran, Brumpt, Blanchard, Wurtz y Le Dantu, el profesor Roberto Franco. Fue él, en efecto, el creador de esta especialización entre nosotros; el agitador de múltiples cuestiones sanitarias; el primer investigador de la anemia tropical; la fiebre recurrente; la fiebre amarilla. Sus discípulos recordamos y recordaremos siempre, su técnica francesa de examen del enfermo; la historia clínica rodeada de mil pormenores que entonces creíamos superfluos y que hoy, ya médicos, apreciamos en todo su valor.

Por primera vez el vetusto y colonial caserón de San Juan de Dios, tuvo ya en sus enseñanzas, una sala destinada a los enfermos que venían desde los climas tórridos y tibios vencidos por el paludismo, la fiebre recurrente y el parasitismo intestinal. El profesor Franco dominó desde sus mocedades tan vasta especialidad porque favorecido con una beca como gran estudiante por el Instituto Colonial de París, fue al Africa donde trabajó en ese gran escenario de dolencias tropicales, bajo la dirección de Charles Nicolle, gloria de la ciencia francesa y director durante muchos años del célebre Instituto Pasteur, de Tunis.

Fueron muchos los discípulos que en esta especialidad dejó el profesor Franco. Pero quiero mencionar a sólo tres: Jorge Martínez Santamaría, desaparecido prematuramente para la ciencia colombiana; Gabriel Toro Villa, hoy ilustre profesor en Antioquia y Luis Patiño Camargo, cuyas investigaciones van mucho más allá de nuestras lindes patrias.

Reflejo inequívoco de la escuela francesa, era y fue por mucho tiempo el pénsum de estudios que rigió en nuestra facultad. Con él se formaron muchas generaciones médicas. Pedagógico y sencillo a la vez, ese pénsum se proponía dar a todo médico una vista panorámica de su ciencia; buscaba formar el médico general, el médico de familia, hoy ya casi desaparecido y sustituido por el especialista en apéndices o en amígdalas. El médico de familia fue en Europa como en América una institución social. El médico era médico y consejero a la vez. Conocía la parte corporal y espiritual de sus pacientes. Ese médico general, calcado a la francesa, sabía de todo lo pertinente a la medicina. Era apto para todo. Era, sobre todo, apto para ejercer en estos países de población pobre y enfermiza, donde no hay sino escasos núcleos que pueden darse el lujo del especialista. Todos éramos como el médico rural francés, como los médicos de tanta novela que no son cosas irreales, sino médicos, pri-

mero inclinados sobre el dolor, y luego como cosa accesoria, mirando hacia el estipendio.

Nosotros no hemos escapado a este contagio universal que ha convertido las facultades de medicina en tempranas escuelas de especialización. Pero hay síntomas que anuncian una rectificación universal y el médico general y el médico de familia, volverán a ser las columnas de la medicina moderna y de los pueblos de la postguerra.

Dentro de la vida universitaria colombiana, la facultad de medicina ha sido como una ínsula rigiéndose por normas distintas de las demás escuelas que la integran. Mientras que en todas no rige la carrera del profesorado, la de medicina conserva desde hace muchos años el sistema de los concursos. Este método es estrictamente francés y es incuestionable que él sirve y ha servido para que la juventud penetre y haga parte del cuerpo docente de nuestra facultad. Así se han incorporado a ella, valiosas y brillantes figuras de mis propios discípulos que quizás estarían, sin este recurso, esperando la edad en que ya se declina para poder escalar el honor de la cátedra y del profesorado.

Pero la influencia de la escuela francesa en nuestra medicina, no se ejerció y ha ejercido solamente porque hubiese sido importada hasta nosotros por los maestros que nos precedieron. Ella ha vivido y vive perennemente desde los anaqueles de la biblioteca de Santa Inés y del Parque de los Mártires.

Conocí hacia 1909 íntimamente nuestra entonces pequeña biblioteca. Fui bibliotecario, por aquellos años, por designación del rector doctor Calderón, cuando mis condiciones económicas de estudiante casi truncan mi carrera. Durante dos años viví el ambiente de los libros franceses. Durante dos años pude empaparme de autores y de nombres que quizás después no hubiera conocido.

De los pequeños autores hasta Broussais, autor de "La Medicina Fisiológica", filósofo y fisiólogo, todos los nombres que nos eran comunes estaban ahí en ese silencioso rincón de Santa Inés, donde yo viví en mis épocas de estudiante recogido en la meditación de los grandes maestros de la medicina francesa y desde donde, por tantos años, escuché el rumor de la juventud, que como lo dijo el poeta, "se va para no volver".

A los libreros editores Bailliére, Maloine y Masson, debemos y debe la medicina americana la difusión de libros y revistas francesas. Han sido ellos el vehículo del pensamiento y de la ciencia de ese gran país. Poco esto creo que nosotros debemos ser gratos a quienes así han contribuido a hacernos conocer la ciencia en todo su esplendor y a descubrirnos a Francia como creadora de aquel misterioso reino de la medicina que nos era desconocido.

Pero no sólo en lecciones, libros, instrumentos y técnica recibí



la medicina colombiana la influencia francesa. Hubo también algo exterior que contribuyó a darle toda su fisonomía. Ello fue el nuevo edificio que se construyó en el Parque de los Mártires, y el uniforme o vestido que por aquel entonces era de rigor en quienes regresaban de París como médicos de su facultad.

El edificio fue concepción del arquitecto francés Gastón Lelarge, que por tantos años vivió entre nosotros. Uno de sus frentes, el sur, nos recuerda la fachada que adorna la vieja escuela de París. Todo él es inspiración de la arquitectura francesa y aun cuando no tenga para mí el aroma de juventud de los desaparecidos claustros de Santa Inés, es lo cierto que ahí quisiera seguir hasta mi final, pegado a mi cátedra y a mis discípulos.

A través de todos los tiempos y de todas las edades, los médicos se han singularizado por la manera de vestir, lo que encajaba dentro del misterio y respeto con que se les miraba en épocas remotas. Entre egipcios, griegos y romanos, se les distinguía por la forma y color de su vestido; así llegó a la edad media; al renacimiento y cuando ya en nuestros días un movimiento universal nos confundía dentro de idéntico vestido, el médico francés siguió, sin embargo, usando características singulares en su vestir. El "jaquet" y el sombrero de alta copa; la barba o la "boulange", le daban un aspecto inconfundible.

Así conocimos los estudiantes de mi época a los primeros maestros nuestros que regresaban de Francia. Muchos daban la sensación de un profesor francés y a algunos confería extraordinaria arrogancia esta manera de vestir y de arreglar la barba. De suerte, pues, que no solamente había una adopción de método y de ciencia, sino que la sensación de sentirse en el pequeño o gran anfiteatro de la "Rue de l'Ecole", era neta en presencia de uno de nuestros profesores. Con el correr de los años, la democracia ha ido nivelando esta gran diferencia en el vestir que siempre dejó un grato recuerdo de estampas francesas en los que asistimos a este espectáculo de tiempos ya idos.

Cuál el resultado de la influencia francesa en nuestra educación médica? ¿Cuáles sus frutos? Excelentes. El país, de uno a otro extremo, ha estado regido en lo político, en lo social como en lo científico, por la clase médica, clase de élite, de selección, que ha contribuido, casi diría que ha formado, la colombianidad. Como en Argentina, Brasil, Chile, Perú, Venezuela y otras naciones de América, los médicos hemos formado la raza, hemos forjado nuestras nacionalidades defendiendo la salud del pueblo y construyendo en él la conciencia sanitaria que no le dan ni la escuela ni la universidad.

Ese sentimiento lo hemos tomado del alma médica francesa; de sus libros admirables que contienen capítulos en los que la ciencia está vestida con el rico ropaje del pensamiento noble y elevado;

lo tomamos de nuestros maestros que tuvieron la fortuna de beber en la fuente misma, es decir con el doble sentido de la vista y del oído, las lecciones de clínicos y cirujanos cuya fama será imperecedera. Si como lo dice Charles Maurras: "es necesario que la patria se vea, que la patria se sienta", nosotros podemos decir que la patria colombiana está en sus niños y en sus madres cuyos destinos velamos como centinelas. Esta Nación, esta Patria, concebida no como la suma de oscuras voluntades, discutibles y revocables, de electores vivos que morirán, sino como una entidad superior que dura y perdura en el transcurso secular de las formas y de los cuerpos, esa idea de Colombia fue la que sembraron en nosotros los maestros que fueron hasta Francia para traer de ella la noción de patria en la forma impalpable de la ciencia.

Esta noche se abre a Colombia este Centro de la Cultura Francesa. Espíritus pesimistas pronostican la muerte de la influencia espiritual francesa en los pueblos latinos donde ella imperaba con dulce y espiritual dominio. Creen que este brutal momento que vive la humanidad es capaz de cortar este cordón umbilical que nos unía a la gran placenta universal. Pero no. No será así. París podrá ser barrido por el huracán de los bárbaros, pero una tenue luz, la de la lámpara que ardía al pie de la tumba del Soldado Desconocido, seguirá mostrando a la humanidad los caminos de libertad y seguirá alumbrando perennemente la cripta donde reposan las cenizas de Pasteur, Padre y Señor del celestial reino de la Ciencia.